

DIÁLOGOS EN PROFUNDIDAD



al Club Natación. Foto: Oskar Montero

EDUARDO LAPORTE



● **Desde Madrid.** Nació en Pamplona, en 1979. Vivió un cuarto de siglo en el paseo Sarasate de la capital navarra, y después se instaló en Madrid. Licenciado en Comunicación Audiovisual, orientó sus pasos hacia los medios escritos. En la actualidad, además de sus colaboraciones, dirige la plataforma editorial Coverture. Desde sus inicios como escritor se ha volcado en la literatura del yo y de la observación de lo cotidiano. Su último libro en solitario hasta ahora ha sido *Navarra-Madrid* (Sílex, 2024).

“Los noventa fueron muy salvajes, con la kale borroka o con la cultura de la noche. La de curdas innecesarias que nos comimos por inercia”

“Recuerdo que cuando volvíamos de Salou por la avenida de Zaragoza, que siempre me parecía sombría, me entraba un bajón...”

“La violencia terrorista fue la única sombra, y no inocua, en nuestra infancia y juventud por lo demás despreocupada, y lo vivimos cerca”

Centros escolares

—**Laporte:** A mí me hubiera gustado cambiar de colegio, porque a diferencia de Iñaki fui muy sedentario en términos educativos. Los dos éramos bichos raros, no jugábamos a fútbol, no éramos pandilleros ni gregarios. Yo creo que me habría sentido inadaptado en cualquier cole (se ríe). Estudié en San Cernin, mi recuerdo es grato, aunque antes había mucha disciplina y orden. Y en una mente un poco libérrima y creativa como la mía eso me chirriaba un poco. Es la educación que nos tocó.

—**Arbilla:** Yo estudié en Agustinos y en Jesuitinas. Agustinos tenía hasta 8º de EGB. No eran excesivamente religiosos en aquella época. Ahí más que la religión marcaba el fútbol. De hecho Osasuna entrenaba en esos campos porque el padre Liberal seguro creía en Dios, pero en el fútbol.... El mejor campo de Pamplona estaba ahí. El fútbol era religión. La mayoría de los alumnos que venían de Berriozar eran hijos de andaluces, un abuelo mío era manchego... Esa mezcla ocurría también en la Rochapea, donde había mucho andaluz, soriano o extremeño. El gran cambio fue ir de un colegio de todos tíos a uno que había sido tradicionalmente de chicas.

Veraneos

—**Laporte:** Realmente fue una infancia luminosa. Recuerdo que cuando volvíamos de Salou por la avenida de Zaragoza, que siempre me parecía especialmente sombría y tristonaa, me entraba un bajón... Yo tenía cronofobia, cuando llegaba el 7 de julio ya me parecía que se estaba acabando el verano. Y septiembre era el regreso al orden y al deber. La vuelta al cole me parecía horrible y la vida la sentía gozosa, sentía realmente la dicha.

—**Arbilla:** Yo también iba a Salou, quince días, y a Beunza, que está a 25 kilómetros de Pamplona. Había gente que no había salido del pueblo, y ahí vi misas en latín en espalda, esas cosas que se vivían en los pueblos y preguntas que te hacía la gente mayor, como que era un VHS.

—**Laporte:** Yo me sentía un *rara avis* por no tener pueblo, pero en mi colegio todo el mundo a lo mejor de orígenes de la Ribera o Zona Media tenía casa en su pueblo. Salou fue un poco el nuestro, y muchos navarros algo bohemios, que no tenían encaje en Pamplona e instalaron ahí. Salou era una especie de California de los navarros inquietos (se ríe).

Violencia

—**Arbilla:** Ese niño que mataron en la Bajada de Javier (Alfredo Aguirre) no murió, lo mataron junto a un policía (Francisco Miguel Sánchez), y era el sobrino de mis vecinos de abajo. Vivíamos tan imbuidos y conocías a víctimas y no directamente a victimarios, a familiares. Al final, esto fue una especie de guerra civil y había tal velo de silencio... Se hablaba en el momento de que habían matado a alguien y ya no se volvía a hablar. Viendo el documental sobre Miguel Ángel Blanco me ha sorprendido que te vuelven esas sensaciones, y sentir lo mismo que hace 30 años. El recordarlo no está de más nunca, porque el que no lo haya vivido no sabe lo que es.

—**Laporte:** Supongo que hay que hacer un esfuerzo porque lo natural no es volver atrás si no te apela directamente. Nosotros con los que forjaron la Transición no siempre hemos tenido la empatía suficiente. Un libro de Manuel Rico, *Los filos de la noche*, habla del miedo a la tortura en los movimientos antifranquistas. Yo no sé si hubiera podido ser un activista en ese sentido, soy un aprensivo total. Habría cantado a la mínima. El miedo a que te metieran en la DGS de la Puerta del Sol a hacerte cualquier perrería. Eso fue una paranoia con la que muchos vivieron además de los que la padecieron. Sería bueno un documental de vez en cuando para ver de dónde vienen los mayores. La violencia terrorista fue una especie de cáncer con el que nos acostumbramos a vivir, porque no sabíamos cuándo iba a acabar. Fue un poco la única sombra en nuestra infancia y juventud por lo demás despreocupada. Sombra tampoco inocua, porque mis padres y mucha gente a lo mejor tuvieron un estrés extra que pudo afectarles en su salud (sus padres fallecieron en 2000 por cáncer). En el libro *La carta*, de Raúl Garrido,

todos los que estaban bajo la amenaza del ‘impuesto revolucionario’, y los que lo recibían, eso era casi peor que te dijeran que tenías cáncer terminal. De hecho era una enfermedad social, porque luego eras un apestado. Nosotros lo vivimos cerca en la bomba que nos pusieron en la fábrica en el 84. Yo era pequeñín y me enteré años más tarde. Años más tarde hubo una bomba en el propio inmueble donde vivíamos destinada a un consejero, Lapazarán, que estaba amenazado. Y siempre había escoltas a la entrada de mi portal. y siempre le revisaban el coche, en nuestro mismo parking.

—**Arbilla:** En mi caso el marido de una prima de mi padre era ertzaina (Mikel Uribe) y lo mataron el mismo día que la bomba de Leitzta (asesinato de José Javier Múgica). Un tío carnal, alcalde de un pueblo al lado de Pamplona también vivió la amenaza.

—**Laporte:** En nuestra casa uno de los espectáculos circenses de los sábados era la kale borroka, jodían el Bankinter, la Óptica Javier Alforja, la cabina de teléfonos y el mobiliario urbano que pillaban, y yo no lo entendía, la verdad que buscaban. ¿La libertad, la independencia? Bueno, hagamos canales de negociación, pero cargarse a peña por eso en el año 90 me parecía muy desquiciado.

Amistades

—**Laporte:** Decía la escritora navarra Amaya Ascunce que en Pamplona están los de cuadrilla o los de amigos sueltos. Ese encaje es más difícil para los versos libres como yo. Pero no hay ciudad perfecta. Vas a Cádiz y tendrás sus cofradías, chirigotas y dinámicas. Al final tienes que inventarte tu ciudad, y creo que la Pamplona actual te da oportunidades para eso.

—**Arbilla:** Hace días alguien diferenciaba entre cuadrilla y amigos (se ríe). La cuadrilla como una familia, para toda la vida y la tienes que soportar muchas veces. Pero un amigo argentino me dijo que nunca había estado en la casa de un navarro.

La Pamplona del futuro

—**Arbilla:** El futuro lo vemos ahora. Va a ser multicolor, pero va a tener también sus orillas, más precaria también, con el tema del acceso a la vivienda. En Pamplona se están dando las infraviviendas que veía en Madrid y que no existían aquí, de bajos e interiores. Hay una precarización.

—**Laporte:** A mí me da el bajón la bajera vacía, al ver muchos comercios emblemáticos vacíos. El problema de Pamplona es que pueda morir de éxito, y se convierta en un nido de turistas en un parque temático de influencers que la van haciendo conocida. Pamplona es una joya en Europa y en el mundo incluso. No quiero pecar de chauvinista, pero es una ciudad del camino de Santiago con 2.000 años de historia, con Sanfermines, con el legado de Hemingway, con un montón de culturas que se solapan y que pueden atraer, no sé, a millonarios rusos que se comprenden la calle Estafeta entera. Una Pamplona de distopía donde aspirar a tener un piso en Chapitela sea como tener una casa en Valldemossa, en Mallorca. ●